

4

El debate sobre la democracia interna en los partidos políticos

Los debates sobre democracia interna siempre han sido muy intensos en el seno de los partidos políticos, y han ocupado buena parte de su tiempo. Lo cual es algo perfectamente lógico y comprensible a partir de los contextos prodemocratizadores en los que surgieron los partidos y de las aspiraciones y metas ciudadanas de lograr una mayor participación. Sobre todo, a medida que se han ido afianzando los regímenes democráticos.

Los partidos socialdemócratas conectados a la tradición de la Segunda Internacional son posiblemente los partidos políticos que con mayor viveza e intensidad han conocido en su seno los debates sobre la democracia interna y la participación de sus afiliados. Antes del auge y desarrollo de los grandes partidos socialdemócratas, lo habitual era que los partidos tuvieran organizaciones mínimas, sin apenas espacios para la implicación de los ciudadanos. Por ello, se hablaba —como ya hemos indicado— de partidos de *cuadros* o de *notables*, que no iban más allá de pequeñas estructuras territoriales, en las que un líder —o cacique— destacado polarizaba casi toda la vida política y organizativa en torno suyo, en base a un sistema de lealtades clientelares y de intereses creados (y alimentados).

Por eso, la aparición en escena de los partidos de la Segunda Internacional fue una innovación bastante rupturista que, frente al poder

del dinero, de los poderosos, de las élites y de las tramas clientelares territoriales, pretendía hacer valer la fuerza del número y el valor de los trabajadores y de los sectores populares y progresistas organizados a gran escala.

1. LA EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS SOCIALDEMÓCRATAS

Los partidos socialdemócratas surgieron de la propia evolución que se experimentó en la Primera Internacional (Asociación Internacional de Trabajadores), en cuyos orígenes se produjo un debate muy vivo entre dos grandes sectores. Por un lado, el que inspiraban y lideraban Proudhon y Bakunin, de orientación libertaria, en el que se ponía gran énfasis en criterios de participación directa y democracia activa de sus miembros. Frente a este enfoque, el grupo que se nucleó en torno a Carlos Marx y Federico Engels puso un mayor acento en las dimensiones organizativas y estratégicas, de forma que dicha dualidad de enfoques dio lugar a que los marxistas fueran calificados por los libertarios como proclives al autoritarismo y a los enfoques dirigistas, mientras estos motaban a los libertarios de asamblearios y poco disciplinados y organizados.

Aunque el PSOE fue un partido que surgió de la tradición marxista, en el propio proceso de desarrollo de la Segunda Internacional bien pronto se diferenciaron los enfoques comunistas de los socialdemócratas. Por eso, cuando Lenin, después del triunfo de la revolución soviética, quiso imponer una nueva Internacional, basada en sus famosas veintiún condiciones, prácticamente en todos los partidos obreros se abrieron debates muy intensos. Debates que en algunos casos —como en el PSOE— se prolongaron durante bastante tiempo, terminando con una escisión de la que surgieron partidos comunistas de nuevo cuño, basados en el nuevo enfoque organizativo de los bolcheviques (el *centralismo democrático*).

Mientras esto ocurría, en los partidos que no se avinieron a las exigencias de Lenin se reforzaron aún más los criterios democráticos internos, como seña de identidad inequívoca de la socialdemocracia.

Son célebres, en este sentido, algunos de los documentos que se publicaron al calor de tal debate. En el caso de España, por ejemplo, el Informe y el subsiguiente libro que escribió Fernando de los Ríos¹, en el que se reflejan los análisis y las discusiones que mantuvo la delegación del PSOE que viajó a Rusia con el objeto de verificar sobre el terreno qué era lo que allí estaba ocurriendo. Hay que recordar, en este sentido, la respuesta que dio Lenin a las objeciones de Fernando de los Ríos sobre las orientaciones autoritarias y la falta de libertad que pudo constatar en su viaje a Rusia: El famoso «¿Libertad, para qué?» de Lenin y la respuesta de Fernando de los Ríos defendiendo el carácter esencial de la democracia: «Libertad para ser libres».

A partir de dichos debates, y de las correspondientes divisiones internas en el movimiento obrero, los partidos socialdemócratas se orientaron, lógicamente, en la dirección de consolidar y avanzar en las prácticas democráticas, tanto en su dinámica organizativa interna, como en su proyección en la sociedad bajo el criterio inequívoco de «socialismo es libertad». No solo en el sentido de postular la vía democrática hacia el socialismo («socialismo con libertad»), sino en un sentido más profundo que entendía que los ideales socialistas eran, en sí mismos, indivorciables de la democracia e inseparables de los principios y procedimientos propios de los Estados de Derecho.

En el caso del PSOE, a veces se desconoce que, en este partido, durante la etapa de la Segunda República, y antes, los candidatos a las elecciones solían elegirse por sufragio universal de todos los afiliados, con voto secreto y en urnas, que se instalaban en las Casas del Pueblo durante un tiempo razonable para que pudieran votar todos los afiliados.

Durante el período de la Segunda República también tuvieron lugar grandes debates y votaciones internas para decidir la estrategia que debía adoptar el partido. Por ejemplo, en el año 1934, para decidir si se apoyaba o no se apoyaba la «revolución de octubre española», que solo triunfó prácticamente en Asturias, con algunos focos en Vizcaya y Cataluña. Y que fue reprimida muy duramente.

Incluso, una vez iniciada la Guerra Civil, el PSOE organizó una votación para sustituir a los miembros de la Comisión Ejecutiva que

¹ Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia soviética*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

habían sido fusilados o encarcelados en la zona rebelde. Hay fotos curiosas de este período en las que se ve cómo las urnas se llevaron incluso a las trincheras para que pudieran votar los afiliados socialistas.

Por eso, la elección por escrutinio directo de Josep Borrell en 1998 y la ulterior de Pedro Sánchez como candidato a las elecciones y como Secretario General del PSOE, no constituyeron ninguna anomalía contracorriente, ni supusieron una práctica que estuviera en contradicción con la trayectoria histórica, ni con la cultura democrática de partidos como el PSOE. Sino que se trata de una práctica que entronca con una tradición natural, y que pone al día enfoques y procedimientos bastante habituales en los partidos políticos más punteros de los países avanzados. Al igual que la votación entre todos los afiliados que organizó la Comisión Ejecutiva del PSOE, encabezada por Pedro Sánchez, para saber si apoyaban o no apoyaban la negociación establecida con *Ciudadanos* para intentar formar gobierno².

A muchos socialistas todo esto no solo les parece correcto y pertinente, sino que se sienten gratificados personalmente, al saber que se cuenta con ellos y se les pide su opinión de una manera fehaciente y seria, con todas las garantías procedimentales.

2. ¿RIESGOS DE INVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS?

En esta perspectiva, resultan significativos algunos debates que han tenido lugar en el PSOE, y que evidencian que muchos de sus afiliados han sentido bastante perplejidad ante lo ocurrido en algunas reuniones de su Comité Federal en el último trimestre de 2016, sino también una seria preocupación por la posibilidad de involución del PSOE hacia un modelo de partido que no responde ni a la más genuina tradición de la socialdemocracia europea, ni a las necesidades y condiciones de las sociedades del siglo XXI, en las que es muy difícil entender y asumir que las prácticas de la vida cotidiana no se basen en criterios democráticos muy claros.

² Véase, en este sentido, César Luena, «La profundización de la democracia interna en los partidos. La consulta del PSOE como aportación pionera», en *Cuadernos de Alzate*, núm. 48-49, Madrid, 2016, págs. 277-291.

No obstante, hay que reconocer que tienen su parte de razón los que sostienen que los partidos no son un fin en sí mismo, ni un lugar para experimentar vivencias democráticas, sino que son instrumentos de acción, que tienen que ser ágiles y eficaces. Y, desde luego, también tienen su parte de razón aquellos que defienden la legitimidad y la coherencia de los modelos de representación delegada (democracia representativa). Pero una cosa es comprender la funcionalidad de dicho modelo, en el ámbito de sus competencias y de sus posibilidades prácticas, y otra muy distinta es retroceder hacia un modelo que pueda responder, más bien, al esquema de los viejos partidos de *cuadros* y *notables*, que al de los partidos de masas de tradición socialdemócrata.

El modelo de los partidos socialdemócratas hasta la Segunda Guerra Mundial era un modelo caracterizado por una apreciable preponderancia de los criterios de representación delegada, entre otras cosas porque la población que integraba tales partidos solía tener niveles de educación muy elementales o inexistentes, y porque su vida estaba atenazada por sus condiciones de trabajo, que apenas permitían tener tiempo para ocuparse de otras tareas. De ahí que en esta época tales partidos tendieran a «profesionalizar» a algunos de sus afiliados en el ejercicio de las tareas de representación, con una ocupación cotidiana y exclusiva a los asuntos públicos. Lo que también tuvo el efecto de una cierta cristalización de grupos dirigentes casi inamovibles, que dio lugar a la formulación de las famosas tesis sobre la «ley de hierro de la oligarquía»³ y a los consiguientes debates sobre estas cuestiones en su seno.

Pero ese ya no es el caso de las sociedades de nuestros días, en las que los partidos de tradición socialdemócrata cuentan con una afiliación cada vez más cualificada, profesionalizada y preparada, que puede, y suele, acceder a múltiples fuentes de información (sobre todo, por Internet y las redes). Afiliados que no pueden entender ni asumir que algunos de sus líderes les digan que «ellos» están más capacitados para tomar las decisiones que las «bases», y que, por lo tanto, no procede consultarlos sobre asuntos importantes. Argumen-

³ Robert Michels, *Los Partidos Políticos: Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu Editorial, 2008 (Primera edición de 1910).

to que muchos afiliados —en bastantes ocasiones más cualificados y preparados que determinados dirigentes— no pueden asumir.

A lo cual se une el hecho de que las sociedades de nuestro tiempo están impregnadas de una cultura democrática y participativa —sobre todo entre las nuevas generaciones—, que tiende a abrirse paso en múltiples esferas de la vida social, desde las familias, las comunidades de vecinos, las escuelas, las universidades y casi toda la vida cotidiana.

3. MASAS Y CIUDADANOS

Cualquier partido socialdemócrata que intente romper con la tradición política democratizadora, no solo se aparta de su historia y de las tendencias actuales, sino que en su intento —expreso o latente— de reconvertirse en algo más parecido a un partido de notables —en el que unos pocos toman las decisiones por los más, y en el que los factores determinantes del poder son los grupos económicos de presión y los entramados de comunicación—, es un partido que está destinado inevitablemente a desvitalizarse y, posiblemente, a fragmentarse y perder el aliento y el apoyo de los ciudadanos.

En definitiva, un partido que se introduzca en esa senda estará destinado a entrar en declive y a encontrarse cada vez más solo y debilitado, si da la espalda o ignora lo que sus afiliados y militantes quieren, desean y piensan. Directamente, y no mediante intérpretes.

De hecho, la propia idea de «masa», correspondiente al modelo de «partido de masas», que fue tan positivo en su día, no es bien entendida ni asumida por muchos ciudadanos de nuestro tiempo, que no se sienten «masa», que no desean ser vistos como anónimos e indiferenciados integrantes de una «masa» amorfa, sino que se sienten personas que quieren ser tratadas como tales, con todas las singularidades que les corresponden. Entre ellas, las de pensar por sí solos y poder decidir y opinar con libertad, sin que se les requiera continuamente a «acatar» —incluso sin protestar— las decisiones de sus jefes políticos. Es decir, quieren ser tratados —y actuar como— *ciudadanos* y no como *súbditos*.

Si se piensa bien, el propio concepto sociológico de «masa», además de corresponderse con una etapa histórica ya superada, denota fuertes componentes de anonimato y despersonalización que se adecuaban poco a las mentalidades de nuestro tiempo y, sobre todo, a las actitudes de aquellos que se afilian a un partido político con el afán de añadir su esfuerzo personal —su granito de arena— en una causa general de interés público.

Como aquel viejo chiste del oeste americano, en el que el vigía bajaba a toda velocidad de la torre de observación y, presa de gran excitación, se cuadraba ante el comandante del fuerte y decía: «¡Mi comandante, vienen los indios!». «¿Cuántos son?», le inquiría el comandante. «Mil cinco, mi comandante», replicaba el vigía. «Pero bueno, ¡qué precisión!», decía perplejo el comandante. «¿Cómo lo sabe con tanta exactitud?». «Muy sencillito, mi comandante», le explicaba el vigía. «Delante vienen cinco y detrás un grupo de unos mil».

En este caso, los «mil» eran la masa, un grupo indiferenciado, frente a los «cinco jefes», perfectamente singularizados y diferenciados que cabalgaban delante —y al frente— de su tribu.

Precisamente, la mayor parte de los ciudadanos activos de las sociedades del siglo XXI no quieren ser vistos, ni tratados, como *tribu*, como *masa*. O como «gente», como suelen decir los nuevos populistas que continúan impregnados de los enfoques y los sesgos propios de las teorías de la «democracia elitista», y que se ven a sí mismos como cualificados dirigentes y defensores de la «gente», es decir, de una masa anónima.

La evolución de las sociedades y de las mentalidades camina en dirección contraria a este tipo de visiones dualizadoras de papeles («jefes» y «tribus») y poco sensibles a las motivaciones y deseos de las personas. Lo que hace que los partidos que pretendan sintonizar con los signos de los tiempos tengan que apostar inequívocamente por los criterios de personalización, de «desmasificación» y de democratización de los procesos políticos.

Por eso, desde hace algún tiempo se está asistiendo a un debate sobre el modelo de partido que corresponde a nuestro tiempo histórico, como un avance más en la lógica de evolución que en su día se abrió con el surgimiento de los partidos de masas, frente a los anteriores partidos *elitistas* de cuadros y notables, propios de otra etapa

y de otras culturas y políticas ya superadas. En este sentido, en este libro, como ya se hacía en *La democracia incompleta* (Biblioteca Nueva) y en otros lugares, proponemos avanzar hacia un nuevo modelo de «partido democrático de participación», que sintetice, a la vez, todo lo positivo de la tradición socialdemócrata y que incorpore los nuevos avances, aspiraciones y tendencias en democracia y participación ciudadana. Ese es el debate que ahora habría que hacer, y no el sinsentido de pretender retornar —de manera más o menos explícita o solapada— a los esquemas propios de los partidos de cuadros o de «élites dirigentes», basados sustancialmente en «dirigentes» territoriales y en «barones» poderosos, acompañados todo lo más de un cierto aparato técnico-electoral y de un círculo de forofos y seguidores bien encuadrados.